



El Marcapáginas

La desolación del nadador

S oñar que uno nada en una piscina simboliza la necesidad de profundizar en los sentimientos y en la vida para dejar atrás el pasado y comprenderse mejor a sí mismo. Jonás, el protagonista de la nueva y poética novela de Joaquín Pérez Azaústre, no sueña con nadar en una piscina. Él lo hace varios días a la semana para contemplar su futuro. El narrador nos lo dice en la primera línea. Es un truco con el que crea una expectativa, con el que incita al lector a nadar también en la piscina impresa de su libro. Pero en realidad, Jonás nada porque es su única manera de huir del vacío, de la existencia seca y vertical que lleva en la ciudad, en la vida por la que se mueve a la deriva. Ya se sabe, un pez fuera del agua no respira. La ciudad para Jonás es un acuario que contempla desde la cristalera de la cafetería de un hotel. Otro acuario dentro del acuario en el que intenta nadar a brazas, a empujones, convertido en un fotógrafo que perdió la pasión por atrapar el eco que queda en los espacios donde antes latió una existencia alegre, un sentido del tiempo que se ha quedado desolado porque han desaparecido las voces, las emociones, las vidas que lo habitaban. A Jonás lo ha dejado Ada y él se ha convertido en ese espacio vacío. No es el ojo que lo mira y que registra su poesía con un click. Él es ahora ese espacio. Tal vez por eso deja de ser un fotógrafo artístico y se esconde entre el ruido que retrata mediante el periodismo gráfico a diario y esa piscina donde también nada a brazas, a empujones, porque no sabe deslizarse -la cualidad de la postmodernidad-. El estilo con el que uno nada delata su actitud, su identidad. Jonás lo sabe y por eso admira la facilidad del Hombre-pepe, un rayo en el agua; el crol de su amigo Sergio que tiene lo que él quiso tener -aunque más tarde el lector descubra que la felicidad también tiene sus vacíos y frustraciones-.

Todos son nadadores que compiten entre sí y consigo mismos, midiendo sus carencias, sus potencias, en cada calle que es una rivalidad, una vida que bracea contra la vida. Cada nadador es una identidad líquida -otro tema de la postmodernidad- y la identidad de cada personaje es una existencia incierta, inestable, aparente, una búsqueda del propio yo. Pérez Azaústre lo aborda a través de las desapariciones misteriosas de la madre de Jonás, de otro amigo fotógrafo, de otras personas que dejan tras de sí una vida ordenada, previsible, el misterio de un detalle insignificante que expresa sus soledades, su incomunicación, los silencios de las ausencias. Jonás tratará de resolver el misterio, aunque en realidad estará resolviendo la disolución de su yo, encontrarse a sí mismo.

Con *Los nadadores*, Pérez Azaústre da un giro en su narrativa, influenciada por los mitos literarios y sus sombras, y nos ofrece una historia poética con respiración David Lynch. No importa la acción, sino la atmósfera. No importa la historia de superficie, sino lo que respira bajo el agua de la trama. No importa el final abierto, sino cómo ha sido el tránsito del camino. Podría ser también una novela sartriana sobre el ser y la nada, pero más bien es una novela kafkiana acerca de la angustia, de las amenazas invisibles. Igual que la que asaltarán a Jonás y al lector, temerosos también de desaparecer de su casa, de la calle, del acuario existencial, del libro, de los recuerdos que otros tienen de ellos y de los que cada cual se ha olvidado. Los nadadores tiene también un aliento baudelaireano en el tratamiento del anonimato, de la expropiación de la vitalidad y de bajada al infierno, simbolizado por la enigmática Cueva de la Luna. Igual que profundiza en temas como la diferencia entre vocación y trabajo; en la importancia de la amistad; en la fragilidad del amor y del vínculo entre padres e hijos. Pero su mayor acierto es cómo indaga en la diferencia entre observar la vida propia o la de los demás y luchar por sobrevivir en un mundo alienado, aunque sea nadando a contracorriente, respirando a favor de la vida.



Los nadadores
ANAGRAMA, 16,90 €